

ENTRE LA EFERVESCENCIA Y LA RUPTURA DE UN ESPACIO DE PLACER EN SALÓN DE BELLEZA DE MARIO BELLATIN

Juan Carlos Rocha Osornio
The University of Western Ontario
Ontario, Canadá
JuanCarlos.RochaOsornio@kpu.ca

Recibido: 10 de junio de 2014

Aceptado: 3 de julio de 2014

Resumen

Este artículo analiza la novela *Salón de belleza* (1994) de Mario Bellatin desde un punto de vista histórico-social para documentar la manera cómo el VIH/sida ha sido visto desde sus inicios. Se trata de un proceso escriturario en el que la marginalidad se conforma a través de una descripción metafórica de un espacio plagado por la muerte. Sin embargo, el simbolismo dibujado en la novela por los infectados de una misteriosa enfermedad, alude a la deconstrucción de cualquier barrera fronteriza entre lo que se considera marginal y no marginal, es decir, la marginalidad hace eco de un grito desesperado que emana del ceñido campo de las letras mexicanas que abordan la temática homosexual, y cuya finalidad en este caso, nos revela uno de los retos más grandes a los que la comunidad gay se ha tenido que enfrentar: la epidemia del VIH/sida. Una nueva cultura nació a raíz de esta potente enfermedad y con ello una colectividad que no para de luchar hasta el día de hoy.

Palabras clave: Salón de belleza, Mario Bellatin, VIH/sida, comunidad gay, cultura del sida.

Summary

This article analyzes *Salón de belleza* (1994) written by Mario Bellatin from a socio-historical approach to document how HIV/AIDS has been seen from its beginning. Bellatin's novel is a project where marginality is built throughout a metaphorical space plagued by death. However, all symbolism portrayed in the novel by people infected with a mysterious illness has to do with the deconstruction of any border between what it is considered marginal and non-marginal. In other words, marginality is capable to produce an echo from the

bottom of the narrow field of Mexican letters that talk about the issue of homosexuality, and which reveals one of the greatest challenges that the gay community has undertaken: HIV/AIDS. Nonetheless a new culture was born and with that a new collectivity that has not stopped fighting until today.

Key words: Hairdresser, Mario Bellatin, AIDS, gay community, AIDS culture.

Hablar del VIH/sida en la literatura mexicana continúa siendo, a más de treinta años después de los primeros brotes de la infección, un tema poco atendido. Ni siquiera los nuevos adelantos de la medicina que cada vez parecen acercarse más a la tan anhelada cura han podido vencer el estigma social adjudicado al virus, principal causa de este silencio.¹ Y es que, paradójicamente, dicha suerte de olvido tanto en el mundo real como en el de la ficción, también tiene que ver, en mayor o menor medida, con su carácter crónico adquirido recientemente. Sin duda, el hecho de que las nuevas generaciones de homosexuales no hayan vivido de cerca la hecatombe de los años ochenta, se une también a las razones principales sobre la actitud sigilosa en torno al VIH/sida. No obstante, es importante subrayar que de ninguna manera podemos ignorar la estela de muerte y desolación que a su paso ha dejado en todos los rincones del mundo. Así las cosas, y centrándonos en la literatura gay producida en México, Antonio Marquet alude de manera crítica a este silencio impuesto de manera injusta por parte de los escritores desde que se comenzó a hablar del virus: “A pesar de que es uno de los problemas más graves por los que atraviesa la comunidad gay en México, a pesar de los severos estragos causados por el Síndrome de inmunodeficiencia humana, la problemática social, humana e intersubjetiva, que el síndrome origina, ha sido apenas acogida por la narrativa” (2001, 329).

Por otro lado, al pasar revista por la obra de Néstor Perlongher, Joaquín Hurtado, Severo Sarduy, Reinaldo Arenas y Manuel Puig, Carlos Monsiváis nos habla de una especie de cultura que sobre el sida tejieron cada uno de estos escritores, y que ayudó a despejar el camino del tabú representado por la enfermedad: “En todos ellos lo gay no es la identidad artística, sino la actitud que al abordar con valor, insistencia y calidad un tema se deja ver como el movimiento de las conciencias que por valores compartidos y acumulación de obras dibuja una tendencia cultural” (Monsiváis 2007, 1). Precisamente, el aspecto más importante a resaltar a la luz de este trabajo, es la participación de la comunidad gay que al ver apagada la llama de la vida de muchos de sus integrantes, volcó su atención a extender una mano solidaria: desde el cuidado de los enfermos en su última morada, el apoyo emocional tras sufrir el rechazo de la familia, hasta las protestas en contra del gobierno para exigir una atención médica de

¹ El 4 de marzo de 2013 se dio a conocer la historia de que un recién nacido había sido curado del VIH en el estado de Mississippi, Estados Unidos, gracias a la prontitud del tratamiento aplicado en el transcurso de 30 horas después de haber nacido (Young 2013, 1).

calidad. Para ello propongo que la novela *Salón de belleza* (1994) escrita por Mario Bellatin, es una obra que documenta el horror del VIH/sida en sus primeros años, con el fin de mostrar la fuerza y el *momentum* que le permitió a la comunidad gay reflexionar, pero sobre todo, adquirir un carácter de efervescencia, ya que desde entonces nada sería igual: “El sida viene a fracturar a la pareja, o a consolidarla. Es el elemento que ya no permite prolongar el silencio, fingir sobre la identidad sexual; es el elemento que obliga a asumir a la familia la sexualidad (...)” (Marquet 2001, 334). Y precisamente con esta reflexión de Marquet me gustaría comenzar este análisis destacando cómo el llamado “mal del siglo” vino a trastocar el plano de la sexualidad, y en particular de la homosexualidad masculina. La novela de Bellatin es un proceso escriturario en el que la marginalidad se conforma a través de una descripción metafórica de un espacio plagado por la muerte. Sin embargo, el simbolismo dibujado en la novela por los infectados de una misteriosa enfermedad, alude precisamente a la deconstrucción de cualquier barrera fronteriza entre lo que se considera marginal y no marginal, es decir, la marginalidad hace eco de un grito desesperado que emana del ceñido campo de las letras mexicanas que abordan la temática homosexual, y cuya finalidad en este caso, nos revela uno de los retos más grandes a los que la comunidad gay se ha tenido que enfrentar. Una cultura nació a raíz del VIH/sida y con ello una colectividad que no para de luchar hasta el día de hoy.

En el ojo del huracán

En México los primeros casos de VIH/sida fueron detectados en 1983 en el Instituto Nacional de la Nutrición “Salvador Zubirán” (INNSZ). Se trataba de hombres homosexuales relativamente jóvenes que habían viajado recientemente a los Estados Unidos, o bien, que habían sostenido encuentros sexuales con hombres provenientes de dicho país (García Murcia 2009, 27). Sin embargo, la falta de información certera constituyó el primero de los problemas a los que –antes de lidiar con la muerte de manera masiva– la sociedad mexicana (y en general la de todo el mundo) tuvo que hacer frente, en tanto que el temor al contagio se hizo cada vez más presente dentro de la cotidianidad de las personas. De esta manera, se instaló una actitud que pretendía negar e ignorar la realidad de que el VIH/sida sólo era motivo de alarma para los homosexuales o personas extranjeras. El escritor mexicano Luis González de Alba narra los primeros inicios del aterrador rumor que de manera paulatina fue cobrando resonancia antes de que las pruebas serológicas del país corroboraran la existencia de un nuevo y mortífero virus:

Entre la población que pronto sería la más afectada en la salud y en el ámbito social, la de los hombres homosexuales, comenzó como un irritante rumor sin sentido hacia fines de 1982 o principios de 1983 uno de esos mitos urbanos que nunca tienen rostro ni nombre específico: que a los gays les estaba dando una enfermedad rara por la que perdían las defensas y morían sin remedio posible (González de Alba 2008, 94).

En pocas palabras, atrás había quedado la *belle époque* o, en palabras de Marquet, la generación “X” que “[llegó] tardíamente al festín y que ya no puede disfrutar de la misma manera el reventón de su generación mayor” (2001, 334). Indudablemente, el repliegue que causó la irrupción inesperada del virus en México, trajo consigo un giro por completo de 360 grados en lo que respecta a las prácticas sexuales de una sociedad poco acostumbrada al uso del preservativo, como lo fue en su momento Adonis García, protagonista de la obra de temática homosexual más famosa de México: *El vampiro de la Colonia Roma* (1979) escrita por Luis Zapata, y en la que se narra la vida de un *chichifo* (prostituto).² Adonis, al evocar a uno de sus clientes (“El cresta”), nos habla de su sorpresa e incredulidad cuando éste le pide que se coloque el condón, pese y a que sólo se disponen a tener sexo oral: “Que agarra [mi] verga con su mano y me la empieza a mamar, a mamar ¿te imaginas? No se midió fue de lo más chistoso” (Zapata 1979, 67). Por su parte, al ser entrevistado el propio autor de esta novela a principios de la década de los ochenta sobre la prevalencia del VIH/sida en México, éste nos refiere de su escasez:

Estadísticamente no tiene ninguna relevancia. Hay casos muy aislados. ¿Qué será? De afectados de SIDA, como 300 que haya. No es nada comparado con Estados Unidos o Europa, o incluso con otras partes de América Latina, como Brasil. Pero la opinión pública si está muy afectada por la prensa y por la televisión. La homosexualidad es un tema que no se toca en los medios masivos de comunicación, y de repente se empieza a tocar, pero es en conexión con el SIDA. Es un proceso muy contradictorio. Hasta cierta época se ha negado la existencia material de la homosexualidad en la televisión, y de pronto irrumpe el SIDA y se empieza a hablar del tema (Zapata en Teichmann 1987, 369).

En la novela y en la entrevista de Zapata vemos que desde el primer momento de su conocimiento, el virus se vinculó con la homosexualidad masculina. De ahí que el estigma al que comenzaron a ser presa fácil los hombres homosexuales haya sido el factor esencial de la ecuación en la que, por paradójico que parezca, repercutió en que se conociera más sobre el tema en el marco de una sociedad machista y patriarcal que, desde la época prehispánica, ha considerado a la homosexualidad como un acto antinatural y digno de los castigos más abominables.³

Desde los primeros casos reportados, el VIH/sida desencadenó el miedo de la población mundial, al mismo tiempo que las autoridades reaccionaron de manera equivocada al asumir que sólo los llamados grupos de riesgo (homosexuales, hemofílicos, haitianos, y usuarios intravenosos de heroína) representaban un serio peligro. Susan Sontag señala cómo el llamado mal del siglo adquirió un significado

² Esta novela es considerada por críticos como David W. Foster, Luis Mario Schneider, y León Guillermo Gutiérrez (sólo por mencionar algunos) como la novela más exitosa dentro del corpus que integra la literatura gay en México.

³ Para mayor información sobre la homosexualidad en la época prehispánica consultar el libro *México se escribe con J: una historia de la cultura gay* (2010).

metafórico en el que se comienza a ver el virus como un castigo divino a través de una comparación con la sífilis: “Thinking of syphilis as a punishment for an individual’s transgression was for a long time, virtually until the disease became easily curable, not really distinct from regarding it as retribution for the licentiousness of a community—as with AIDS now (...)” (1989, 46). Por esta razón, no resulta sorprendente el pánico desatado entre la sociedad que llevó incluso a desplegar todo tipo de actitudes exageradas, tales como la reticencia a sostener contacto físico con los infectados, aún más allá del último suspiro en vida: “Muchas veces las vejaciones contra las personas con VIH continuaban aun después de morir; hubo quienes se negaron a prestar los servicios funerarios si la persona había tenido sida, o bien incrementaban injustificadamente el costo de los servicios” (García Murcia 2009, 37).

Según lo señalado líneas arriba, el argumento de que el VIH/sida constituía un castigo divino fue utilizado principalmente por los detractores de la homosexualidad masculina, acrecentando así el grado de estigmatización al que fueron sometidas las personas contagiadas. Por si esto no fuera poco, una de las figuras del sistema de salud más importante en México durante los primeros años de la infección, el doctor Cipriano Borges Cordero, se atrevió a declarar que la enfermedad obedecía claramente a la ira de Dios:

Buscando en la literatura y sobre todo en el mejor libro que existe en el Universo, *la Biblia*, hallé en los capítulos uno y dos del Génesis (Versión de Casiodoro de Reina) el castigo divino que se abatió sobre cuatro de las ciudades de la primitiva Pentápolis a causa del pecado de sodomía, del que no quedaban exentos ni siquiera diez individuos de la ciudad donde se hallaba cautivo Loth (...). La condena fue que se abstuvieran de tal conducta –la sodomía– en los siguientes cuatro mil años –¿faltarán unos dos mil años? – Quizá debido a este antecedente bíblico se llame Pentápolis estadounidense a Nueva York, San Francisco, Los Ángeles, Miami y Newark, donde se ha reportado el 70 por ciento de los casos de SIDA ocurridos en Estados Unidos (C. Borges Cordero cit. en Mejía, 1988: 32).

Desde luego que las palabras de Borges Cordero denotan una manera poco eficaz de combatir la enfermedad, no solamente porque subrayan su carácter homofóbico, sino porque contribuyen directamente a la propagación del SIDA dentro de la sociedad en general, dado que en ningún momento se advirtió que las relaciones heterosexuales estaban exentas de riesgo.

Sin embargo, a la par, la comunidad gay mexicana no se quedó inmóvil ante la creciente ola de muerte sino que, por el contrario, comenzó a organizarse de manera efectiva, pese a lo difícil y sorpresivo de la situación. Fue así como se abrieron, por ejemplo, las puertas de dos de los bares gays de mayor tradición en la capital mexicana: la cantina “El vaquero” y la discoteca “El taller.” Estos espacios no sólo sirvieron para el esparcimiento de sus parroquianos, sino para traer a la mesa de discusión, en medio de la algarabía de la fiesta, la situación referente a los últimos acontecimientos y

novedades sobre el VIH/sida, que cada vez más cobraba vidas indiscriminadamente. Para ello se invitó a expertos en cuestiones de sexología y a los activistas de los principales grupos en pro de la defensa de los homosexuales de la época. Ellos se encargaron de informar a la clientela sobre cómo prevenir la infección por VIH/sida (García Murcia 2009, 125). Una de las principales figuras que se abocaron a concientizar a la población, Xavier Lizárraga Cruchaga, describe este escenario bajo el uso de una ingeniosa y significativa comparación: “(...) si la montaña (los homosexuales que no se preocupan por ir a conferencias o leer sobre las homosexualidades) no va a Mahoma (el discurso y el debate gay), Mahoma (a través del GGG) va a la montaña” (2003, 169). Por eso con el VIH/sida, la comunidad gay no sólo se enfrentó a un enemigo, sino que de cierta forma lo hizo su aliado al utilizarlo para diseminar un discurso *sui generis* gay entre la población.

De la belleza a la muerte: un salón muy particular

Según la crítica, la obra de Bellatin no suele ser catalogada ampliamente como parte de la literatura de temática homosexual, ni mucho menos gay.⁴ Sin embargo, al retratar una de las situaciones que mayor impacto han tenido sobre la comunidad gay (el VIH/sida), a través de su novela *Salón de belleza*, Bellatin se convierte en pieza fundamental del escaso *corpus* de obras que giran en torno al tema. Respecto a la lectura de su obra en general, Diana Palaversich señala que una de las características que la definen –al mismo tiempo que la apartan de la de otros escritores mexicanos y latinoamericanos– es la atención que Bellatin le suele prestar al cuerpo y que la mayoría tiende a pasar por alto (2003, 36). Desde este enfoque, la desestabilización del cuerpo humano en la novela, causada por una extraña enfermedad, propone un acercamiento en el que no sólo se recrea uno de los problemas de salud más graves de los últimos tiempos, sino que se observa también una manifestación colectiva en la que el cuerpo sirve como el vehículo de un discurso emergente, es decir, la cultural del VIH/sida.

Según Edgard Antonio Moreno-Uribe, en los Estados Unidos apareció y se afianzó todo un fenómeno artístico en el que la pintura, el teatro, el cine, la televisión y la literatura, así como las artes plásticas en general, tomaron a la enfermedad como principal fuente de inspiración (1993, 12). Por tal razón, es importante hacer notar que si bien el VIH/sida se asoció desde un principio al estilo de vida gay, y a todo lo negativo que supuestamente representaba, también logró imponerse ante la adversidad por medio de lo que Moreno-Uribe denomina, *El arte del SIDA*, parafraseando el título de su libro:

⁴ La diferencia entre literatura de temática homosexual y gay es que la primera entretiene situaciones en las que los personajes homosexuales se ven, en la mayoría de los casos, sujetos al desprecio de la sociedad heteronormada. En contraposición, la literatura gay retrata el proceso de reivindicación de los homosexuales como miembros de una comunidad gay, a raíz de los eventos de Stonewall en Nueva York en 1969, y cuyos efectos se habrían de sentir en todo el mundo, como en el caso de México (Rocha Osornio 2012, 105).

Ese dolor o ese duelo público o interno, esa impotencia ante la muerte antes de tiempo, esa frustración ante la pérdida de grandes talentos en las artes, ese deseo de que los seres más queridos no caigan en la misma trampa, supuestamente amorosa del Sida, que se transformó en la más solidaria respuesta por parte de los artistas, un hecho de grandes proporciones antropológicas, el cual algún día deberá ser analizado exhaustivamente, quizá cuando el Sida haya sido dominado (Moreno-Uribe 1993, 12-13).

Conviene decir que los efectos de esta cultura no tuvieron el mismo tipo de alcance en Latinoamérica, no obstante, de ninguna manera se puede negar el legado que el VIH/sida ha tenido sobre el mundo de las artes en la región, aún y pese a señalarse líneas arriba la poca difusión del tema dentro del terreno de la narrativa. Así, se podría afirmar que la aparición de este virus fue capaz de trazar un punto clave en cuanto se refiere al corpus de la novela gay mexicana, pues en adelante el tratamiento de la sexualidad se vería doblemente problematizado al adquirir el VIH/sida el estatus de mecanismo de control. Y es que al cuerpo homosexual (de por sí vejado, señalado, linchado, negado) se le uniría el mortal virus para juntos representar –por lo menos al inicio de la epidemia– el miedo irracional al contagio. Por esta razón, y dada la manera mediante la cual Bellatin plasma a grandes rasgos el significado de la muerte por VIH/sida para la comunidad gay en su novela, considero apropiado añadir su nombre a la lista de escritores latinoamericanos emitida por Monsiváis y citados anteriormente, pues en su obra también se asoma un claro intento de añadir una voz al proceso cultural desencadenado por el mal del siglo.

La novela abre con una clara alusión a la vida gay representada a través de los peces de colores que un estilista decide colocar en su centro de trabajo: “Hace algunos años, mi interés por los acuarios me llevó a decorar mi salón de belleza con peces de distintos colores. Ahora que el salón se ha transformado en un Moridero, donde van a terminar sus días quienes no tienen dónde hacerlo, me deprime ver cómo poco a poco los peces han ido desapareciendo” (Bellatin 1994, 11). Esta cita remite a lo enunciado por el propio Monsiváis quien señala que “luego del sida no se vivirá como antes, porque el Antes, normado por la indiferencia o inconsciencia, equivale a la pérdida de los sentidos” (1994, 2). Por su parte, el crítico Paolo de Lima también subraya con notoriedad el contraste entre ese *antes* y *después* al decir que, “el narrador-protagonista había empezado su relato con una demanda nostálgica que clamaba por un pasado de aparente armonía y belleza” (1994, 3). De esta manera, la obra de Bellatin nos transporta a la época dorada en que la comunidad gay solía disfrutar del placer, producto de los nuevos cambios y libertades logrados a través del recién estrenado activismo político, y en cuyo seno habría de nacer precisamente el estilo de vida gay:

(...) particularmente sibarita, refinado y elegante, una vida centrada en la persecución del goce en todas las esferas, bajo todas sus formas: desde el paladar, el sexo, la satisfacción de pertenecer a una sociedad cerrada y exclusiva, la literatura, los viajes, la seducción permanente, y un muy largo y sinuoso, etc. Placer, sí. Un placer que

desde un punto de vista político implica una inversión absoluta de signos, ya que el placer fue justamente el espacio que creó para sí una comunidad antes confinada al desprecio, al escarnio, a la vida catecúmena (Marquet 2001, 367).

La evocación del pasado, según Marquet, sirve para resaltar algunos de los aspectos de lo que a partir de los años setenta se fue conociendo como identidad gay.⁵ En el caso particular de *Salón de belleza*, la relación de los personajes con el mundo de la prostitución, la clandestinidad de los encuentros sexuales en sitios de ligue homosexual, así como en el placer adquirido al travestirse (sólo por citar algunos) convergen para dar vida a un escenario en donde se mezcla el modo de ser gay (influencia extranjera) y los tradicionales roles de género (México). En este sentido, pese a la aparente ruptura de ese espacio recién conquistado –de placer como diría Marquet– el valor con el que la comunidad gay se enfrentó a la pandemia del VIH/sida, constituye el ejemplo más palpable de que la unión hace la fuerza.

Ahora bien, el regente del Moridero, como el mismo narrador-protagonista se autoproclama, decide llevar a cabo su proyecto personal de brindar apoyo a los enfermos terminales (solamente) de un mal desconocido. Ni las mujeres, ni los niños tienen cabida en semejante sitio puesto que si “el salón en algún tiempo había embellecido hasta la saciedad a las mujeres, no iba [el regente del Moridero] pues a echar por la borda tantos años de trabajo sacrificado” (Bellatin 1994, 34). Detrás de esta idea se esconde el hecho de que los hombres homosexuales pertenecen al grupo más afectado por el misterioso mal, no sólo en cuanto a términos estadísticos se refiere, sino al trato discriminatorio a manos de la sociedad heteronormada que ve en ellos el origen y la causa de la mortal enfermedad. De ahí que la necesidad de crear un espacio propio, un sidario, sea una realidad: “La primera vez que acepté a un huésped, lo hice a pedido de uno de los muchachos que trabajaba conmigo (...) me contó que uno de sus amigos más cercanos estaba al borde de la muerte y no querían recibirlo en ningún hospital. Su familia tampoco quería hacerse cargo del enfermo (...)” (1994, 49).⁶

Posteriormente la situación tiende a agravarse aún más y a medida que los síntomas comienzan a ser visibles físicamente. El propio narrador-protagonista, infectado también, nos muestra tal escenario:

Pronto las heridas de mis mejillas se extendieron por el cuerpo (...) logré resignarme y traté de lucir las llagas con el mayor de los orgullos. Noté algunas

⁵ Me apoyo en la definición de Rodrigo Laguarda quien en su libro *Ser gay en la ciudad de México: Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982*, alude a la influencia extranjera (específicamente Estados Unidos), en donde las categorías tradicionales activo-pasivo de la relación homosexual pasan a un segundo término. Por ende, el modelo gay (o internacional como se le comenzó a llamar en México), suplanta los papeles tradicionales de género, donde sólo se suele considerar al agente pasivo de la relación sexual como el único y verdadero homosexual (Laguarda 2009, 45).

⁶ Las estadísticas de 1994, fecha que coincide con la publicación de *Salón*, revelan que el número de infectados se concentra principalmente entre la población de hombres que sostienen relaciones sexuales con otros hombres (HSH), mientras que las mujeres representan tan sólo una minúscula parte de las infecciones (Carrillo 2002, 215).

reacciones entre los familiares de los huéspedes que llegaban al salón. Se trataba de un primer impacto, que luego disimulaban creyendo que yo no me daba cuenta. Esta nueva condición de mi cuerpo me sirvió para retirarme definitivamente de la vida pública. (Bellatin 1994, 61)

El deterioro visible añade una carga extra sobre el enfermo que, además de tener que soportar los malestares físicos, es obligado a recluirse. De ahí que decida ponerle fin a su vida social, y que hasta hace poco circulaba alrededor de fiestas y encuentros sexuales furtivos durante los fines de semana. Estamos, entonces, ante un mal que impone una alta cuota sobre el manejo del cuerpo y, por ende, de la sexualidad.

Como ya se mencionó, el estudio de Sontag nos habla de cómo el VIH/sida vino a ocupar el lugar de otras enfermedades que en el pasado causaron la muerte de muchas personas, y aporta de manera importante, bajo un enfoque sociológico, a las diferentes modalidades impuestas a raíz de la carga moral que en la novela se extrapola al incurable mal. Dada esta circunstancia, la manifestación física de la enfermedad, sobre todo través de la cara, exalta el carácter estigmatizador de las enfermedades transmitidas sexualmente: “What counts more than the amount of disfigurement is that it reflects underlying, ongoing changes, the dissolution of the person. (...) The marks on the face of a leper, a syphilitic, someone with AIDS are the signs of a progressive mutation, decomposition; something organic” (Sontag 1989, 41).

Por otro lado, debido a que el misterioso mal apenas comienza a manifestarse en el regente del Moridero, se pone aquí un énfasis especial en el aspecto de la edad, es decir, de la juventud tan preciada por el mundo gay. Así, al evocar la memoria de dos de sus amigos con los que solía compartir sus noches de juerga, el narrador-protagonista se coloca en el vértice de un espacio reiteradamente marginado: no sólo es uno de los últimos sobrevivientes del mal, sino que además de estar enfermo se encuentra en pleno proceso de envejecimiento: “Tal vez mi mayor desgracia consista en que la enfermedad se apoderó de mi cuerpo demasiado tarde. De haber muerto antes, mi enfermedad tal vez hubiera sido más dulce” (Bellatin 1994, 64). El dilema planteado a partir de la pérdida de la juventud y el avance físico de la enfermedad, ocasionan que se vea en la necesidad de eliminar todos los espejos que lo rodean:

Un elemento muy importante, que deseché de modo radical, fueron los espejos, que en su momento multiplicaban con sus reflejos los acuarios y la transformación que iban adquiriendo las clientas a medida que se sometían al tratamiento de la peluquería y del maquillaje. A pesar de que creo estar acostumbrado a este ambiente, me parece que para todos sería ahora insoportable multiplicar la agonía hasta ese extraño infinito que producen los espejos puestos uno frente al otro (Bellatin 1994, 21-22).

El reflejo de los espejos es un fiel recordatorio del paso del tiempo y de la etapa progresiva del mal incurable. El tic tac del reloj que marca la llegada de la hora marcada en la que forzosamente se tendrá que cruzar el umbral hacia la muerte. La presencia del utensilio más usado en los salones de belleza y que fuera testigo de las transformaciones

estéticas de las clientas, pasa ahora a ser tan sólo parte del recuerdo instalado en el baúl de lo que fueron los buenos tiempos. Añoranzas perdidas en medio de la tempestad.

Pensar en las múltiples referencias hechas por el narrador-protagonista al recordar sus primeros comienzos en el ambiente homosexual, nos ofrecen un claro panorama en relación al inmenso valor que posee el tesoro de la juventud:

En esa época me había escapado recientemente de la casa de mi madre, quien nunca me perdonó que no fuera el hijo recto con el que ella soñaba. Como no tenía medios de subsistencia, me aconsejaron que viajara al norte del país. El dueño de la discoteca regentaba en esa zona un hotel para hombres que tenía un gran salón de baile en el primer piso. Hice caso a los consejos y partí. Yo no tenía entonces más de dieciséis años y no puedo quejarme ni del trato ni de la cantidad de dinero que recibí. El dueño, unos veinte años mayor que yo, me trataba con cariño. Me aconsejaba siempre. Y sobre todo me habló con claridad de una regla fundamental. Me dijo que en ningún momento olvidara lo efímera que es la juventud. Yo debía aprovechar lo más posible los años que tenía entonces (Bellatin 1994, 45-46).

Desde esta perspectiva, el recuerdo de una época colmada de alegrías converge con un presente que emana desde la reflexión que sólo el mal puede provocar. La regla fundamental a la que se refiere el regente del Moridero indica dos cosas; por un lado, la brevedad de la vida, de ahí las constantes salidas a los Baños Turcos, los cines pornográficos, los baños de los estadios de fútbol, así como las grandes avenidas y jardines de la ciudad que fungen como puntos de encuentro. Por otro lado, la fragilidad misma de la vida, ya que al incurrir en este tipo de situaciones, también se pone de manifiesto una evidente falta de madurez psicológica durante la etapa de juventud del narrador-protagonista:

Al caer enfermo todos mis esfuerzos se han vuelto inútiles. Cuando me pongo a pensar con mayor serenidad, siento que tal vez en algún momento me sentí inmortal y no supe preparar el terreno para el futuro. Este sentimiento tal vez me impidió concederme tiempo para mí. De otra manera no me explico por qué estoy tan solo en esta etapa de mi vida (Bellatin 1994, 72).

El cambio producido en su vida a raíz de haber contraído el mal es una muestra de reflexión y madurez. No se trata solamente de una enfermedad que destruye las defensas del organismo y que deriva en infecciones oportunistas hasta producir la muerte, sino de un virus que, como ya se señaló –estigmatiza y aísla, en lo público y en lo privado– y que en el caso del narrador-protagonista origina un cuestionamiento interno del modo de ser gay y su estrecha relación con la soledad. Y aunque este sentir ya había embargado su vida desde el principio de la trama de la novela, éste adquiere especial resonancia conforme lidia con la muerte de sus huéspedes. Además, si en un principio sólo se limitaba a resaltar la frivolidad con la que solía trascurrir su vida (siempre bajo un tono distante, deshumano) entrada la segunda parte de la novela se advierte un modo de vida gay que sucumbe repentinamente ante el disciplinamiento

impuesto por la enfermedad, pero que sirve para resaltar el aspecto humano de su persona: “Aunque me parece triste la forma de haberlo obtenido. Se acabaron las aventuras callejeras, las noches pasadas en celdas durante las redadas, las peleas a pico de botella cuando algún otro trataba de quitarme un novio conseguido a fuerza de sacrificio” (Bellatin 1994, 45). Esta es la primera ocasión en la que el *yo* interno del narrador-protagonista se manifiesta de manera concreta. De modo que sus reflexiones personales se tornan cada vez más agudas: “Pese a que dentro del salón se llegó a formar algo así como una unidad y una armonía agradables, con el abuso de las aventuras callejeras mi vida fue perdiendo su centro” (1994, 47). Esta escena entrevé un tormento personal pero que lo empuja a revelar aspectos más íntimos sobre su persona. Si en un principio observamos una manera deshumanizada de narrar los acontecimientos, esta técnica adquiere un carácter secundario como a continuación se observa:

Cuando el salón de belleza comenzó a transformarse sentí también un cambio interno. Al momento de empezar a atender a los huéspedes, me volví algo más responsable. En ese entonces no era tampoco tan joven. Ya desde antes me era cada vez más difícil tener éxito en una noche en el centro. Recuerdo que había empezado a vivir en carne propia la soledad de aquel amigo que trajo su vestimenta de Europa. Tuve que pararme en avenidas menos exclusivas, o hacer mis cosas amparado por la oscuridad de los cines de barrio. Siempre recordaba los consejos que me había dado en su momento el dueño del hotel de provincias y constataba que una de sus predicciones se estaban cumpliendo (Bellatin 1994, 48).

Así, existen varios puntos que aluden reiteradamente a un proceso de madurez, tanto físicos como mentalmente en la vida del narrador-protagonista. En primer lugar, se vuelve consciente de su edad y con ello la fugacidad de la vida adquiere un sentido más cercano. Si a esto le sumamos la carga emocional de saberse rodeado por la muerte, entonces lo que solían ser sus distracciones favoritas pasaron a convertirse en algo vano y sin sentido. En segundo lugar, observamos una crítica hacia el modo de vida gay al insinuarse que, lejos de traer la felicidad, acarrea consigo todo lo opuesto. Por consiguiente los colores vivos de las prendas europeas de su amigo, así como el de los peces que alberga en las peceras, se nutren de una nueva carga simbólica que denota la desilusión con el sistema que pretendía reivindicar y liberar a los homosexuales. Los sentimientos de insatisfacción y soledad chocan así contra lo aparentemente positivo del modo de ser gay, pero que al final tan sólo demuestra ser un mero avance en el aspecto económico:

Como contrapartida, las cosas en el salón de belleza iban cada vez mejor. En aquella época los acuarios llegaron a su esplendor. Tenía toda una colección de Escalares, Goldfish, Peces Lápiz e incluso en una pecera con una serie de compartimentos separados criaba Pirañas Amazónicas, que durante todo el día buscaban devorar a las Pirañas colocadas al otro lado. Las clientas se amontonaban en la puerta, porque tres veces a la semana abríamos a las doce del día. Por eso tuvimos que

establecer un ritmo de citas, que curiosamente se cumplieron en forma religiosa (Bellatin 1994, 48).

Se puede decir que es ahora cuando el protagonista-narrador comienza a procesar el verdadero valor de la identidad gay. Se trata de un nutrido ramillete de emociones y aspiraciones humanas esfumadas de manera repentina y cuyo conflicto principal es la desilusión.

Por otro lado, a medida que vamos conociendo más sobre el *yo* interior del narrador-protagonista y sus reflexiones sobre cómo la administración del Moridero y de la enfermedad misma le cambiaron la vida, nos encontramos con que a veces se siente atrapado entre el deseo de ayudar a los demás, y de sentir (aunque sea brevemente) un halago o una caricia que le ayude a sentirse mejor, ligeramente amado. Y es que a pesar de que el narrador-protagonista nunca mencione aspectos de su vida sentimental (salvo por algunos de sus encuentros clandestinos) no puede evitar sentirse atraído por uno de los muchachos que llegó a pedirle asilo y a quien le dedicó toda su atención: “Creo que incluso llegué a sentir algo especial por él. Dejé de lado la atención que requerían los demás huéspedes y durante el tiempo que duró su agonía no estuve sino atento a cumplir con sus necesidades” (Bellatin 1994, 26-27). Según esto, se infiere que la atención especial mostrada hacia el muchacho alude a la importancia de los cuidados no solamente físicos, sino afectivos en el tratamiento del mal. Como resultado, una vez que pierde el interés en él, inmediatamente su cuerpo sucumbe ante los estragos de la enfermedad, y el muchacho muere:

Pero como ya señalé antes, mis gustos cambian con frecuencia y de un momento a otro dejé de interesarme por completo. Retiré la pecera del lado de su cama y lo traté con la distancia que me impongo para todos los huéspedes. Casi al instante el mal atacó todo su cuerpo y no tardó en morir. En su caso la decadencia final vino por el cerebro. Comenzó con un largo discurso delirante que sólo interrumpía las pocas horas en que era vencido por el sueño (Bellatin 1994, 27).

Al considerar lo anterior vemos cómo el mal se apoya principalmente en el espectro de las emociones humanas, por lo que existe una crítica de fondo que señala que si la sociedad en general fuera más receptiva y abierta al respecto, muy probablemente dicha enfermedad no sería tan cruel y sus efectos no serían tan devastadores en los infectados. Como resultado el estigma vertido sobre ellos se vería menguado significativamente. El apoyo de los familiares y los amigos cercanos haría que muchos de los enfermos no tuvieran que recurrir a lugares donde no existe cabida para las emociones, tales como los hospitales.⁷

⁷ En este sentido, la ineficacia del sistema de salud y su falta de atención a los pacientes con SIDA a quienes se les solía maltratar y culpar abiertamente de la enfermedad, señalan una de las críticas más importantes hechas en la novela: “Buscaba evitar que esas personas perecieran como perros en medio de la calle o abandonados por los hospitales del Estado” (Bellatin 1994, 50).

Esta denuncia política vista a través de la falta de tacto social por parte de las autoridades de salud refleja claramente un paralelo entre la salud física y la salud mental de los huéspedes del Moridero. Por esta razón, los peces “Monjitas” que destina el regente para el muchacho agonizante mueren al mismo tiempo que él, lo cual denota una vez más la necesidad de contar con un apoyo cálido y humano, tal y como el simbolismo de su propia muerte lo entreteje: “Para las Monjitas es preciso contar con un calentador de agua. Tenía uno enchufado todo el tiempo (...) por eso no me parece más que una casualidad la muerte de las tres precisamente la noche en que expiró el muchacho. Al día siguiente, quité la corriente del calentador y luego de dos días comprobé que ninguna de las Monjitas había resistido el frío” (Bellatin 1994, 28-29).

Otro de los aspectos que se desprenden del plano emocional y que en buena medida hacen referencia a la cultura del VIH/sida vista en Estados Unidos, es el rito fúnebre o manera de despedir al muchacho en su viaje al más allá. De tal manera que mientras los restos humanos de los demás huéspedes son depositados en una fosa común, el muchacho, en cambio, sí recibe una sepultura convencional:

Tal vez lo hice movido por la considerable cantidad de dinero que me entregó antes de ser admitido como huésped. El caso es que su cuerpo no fue a dar como los otros a una fosa común que hay en las cercanías. Me interesé en que recibiera una sepultura más digna. Fui a una funeraria y adquirí un ataúd de color oscuro (...) Lo que aún no me atrevo a realizar, y estoy casi seguro que nunca haré, fue visitar el cementerio a decorar su tumba con flores. Como ya he dicho, los demás muertos van a dar a la fosa común. Sus cuerpos son envueltos en unos sudarios que yo mismo confecciono con las telas de sábana que nos donaron. No hay velatorio (Bellatin 1994, 44).

Pero la cima emocional del narrador-protagonista alcanza su cúspide con el fallecimiento del muchacho. A él es incapaz de llevarle flores al cementerio debido al inmenso dolor que le provoca su partida. Cabe señalar que en el momento de arrojar los cuerpos de los demás huéspedes en la fosa común, previamente embalsamados con las “telas de sábana” se proyecta una clara alusión a la colcha de Washington (The AIDS Memorial Quilt) en la que año con año se rinde tributo a los caídos por el VIH/sida en los Estados Unidos desde 1987. El narrador-protagonista no sólo busca subrayar las vivencias del colectivo de huéspedes que tiene a su cargo, sino que apunta directamente al VIH/sida más allá de los límites físicos y geográficos del recinto al que han sido confinados. El carácter de anonimato bajo el cual son enterrados también expone los altos costos de la enfermedad vertida desproporcionalmente sobre la comunidad gay.

Siguiendo con la estrategia discursiva que se ocupa de exaltar el peso de los sentimientos y/o emociones humanas en el tratamiento del mal (sobre todo a partir de la segunda parte del libro), el proyecto personal del regente del Moridero adquiere otro significado importante. Se trata de un claro compromiso con la comunidad de huéspedes (gays) ya que de no hacerlo él, se da por sentado que nadie más estaría dispuesto a

hacerlo: “The solidarity of the gay male, HIV/AIDS-infected sector of the population, in the absence of any other solidarity, accentuates larger society’s disunity with the effort to assist PLWAs” (Prinkey 2004, 159). Inclusive en los momentos en los que se siente rebasado por la situación se muestra íntegro y fiel a su cometido, tal es el caso de cuando llegan los amantes a buscar a los que un día fueron sus parejas sentimentales, y que hoy tan sólo ocupan una cama y un plato de sopa en la antesala de la muerte: “La llegada de aquellos hombres me producía fastidio. Nunca nadie vino por mí. Me pregunto entonces de qué me sirve tanto sacrificio en la administración de este lugar” (Bellatin 1994, 64). Bajo este matiz, el narrador-protagonista continúa mostrando parte de su mundo interior, al mismo tiempo que señala enfáticamente el rechazo y miedo sentidos por los amantes quienes sólo se dejan ver cobijados bajo el disfraz de las tinieblas: “Por alguna extraña razón, esos amantes rehuían la luz del día. Nunca se presentaron en horas que no fueran las nocturnas” (1994, 63). Esta perspectiva revela el estigma que recae no sólo sobre los enfermos, sino también sobre las personas que los rodean.

Por último, otro de los aspectos más fehacientes del compromiso del narrador-protagonista con los huéspedes del Moridero (y por extensión con la comunidad gay) se muestra cuando están a punto de ser desalojados por una muchedumbre de vecinos enfurecidos que los acusan de violar el código sanitario:

La campaña que se desató en el vecindario fue bastante desproporcionada. Cuando la gente quiso quemar el salón tuvo que intervenir hasta la misma policía. Los vecinos afirmaban que aquel lugar era un foco infeccioso, que la peste había ido a instalarse en sus dominios. Se organizaron y la primera vez que supe de ellos fue porque una comisión apareció en la puerta con un documento donde los vecinos habían firmado una larga lista. Pude leer que pedían que desalojáramos el local de inmediato y que después la Junta que habían formado se encargaría de incendiarlo, creo que como símbolo de purificación (Bellatin 1994, 35).

En términos generales, el intento de los vecinos por despojarlos de su propio espacio denota la opresión a mano de una sociedad llena de prejuicios basados en ideas que se remontan a la época de la Inquisición, tal y como lo es el hecho de quererle prender fuego a las instalaciones del Moridero. Debido a que el “salón está situado en un punto tan alejado de las rutas de transporte público, que para viajar en autobús hay que efectuar una fatigosa caminata” (Bellatin 1994, 24), no es suficiente para los vecinos que desesperadamente intentan deshacerse de cualquier indicio del Moridero, silenciando así todo rastro de cualquier conducta homosexual considerada impura y ligada automáticamente al VIH/sida.

Sin embargo, esta misma turba de vecinos irritados se ve impedida de llevar a cabo su propósito debido a que el regente acude oportunamente a la policía. Los huéspedes, por su parte, logran organizarse con gritos y lamentos: “Había huéspedes que aún estaban con los sentidos en orden y otros, aún peor, con los nervios exaltados.

Hasta y me inquieté cuando los escuché gritar con lo que les quedaba de voz. Se inició un sobrecogedor coro de moribundos” (Bellatin 1994, 35). El esfuerzo conjunto de los huéspedes del Moridero, aunado al apoyo de la policía y de algunos grupos de carácter humanitario a quienes previamente se había rechazado por considerarlos poco fiables, finalmente evitaron que la situación se saliera de control:

Felizmente, en ese momento llegaron los miembros de las organizaciones a las que habíamos llamado. Hablaron con los policías e incluso uno de ellos acompañó al cabo hasta la estación. Con los otros miembros, entre los que había algunos que pertenecían a una comunidad religiosa, tratamos de calmar a los huéspedes. Acto seguido construimos una especie de empalizada en la puerta para pasar la noche. En los días posteriores se hicieron los trabajos de remodelación. Durante esos días caí en una depresión profunda, que sin embargo no me hizo descuidar en ningún momento a mis huéspedes (Bellatin 1994, 37).

Como vemos, es ineludible que el Moridero representa un auténtico refugio para la comunidad de hombres gays afectados por la enfermedad. Pese a cualquier dificultad el narrador-protagonista logra sobrellevar con entereza la responsabilidad que se echara encima el día en que decidió darle una dimensión diferente a su lugar del trabajo.

Según mi lectura de la novela, y pese a cualquier pronóstico, ésta sugiere un estado de esperanza que aboga por recobrar el florecimiento de la comunidad gay, pero sobre todo, la posibilidad de que la enfermedad se torne una cosa del pasado tras encontrarse, quizás, una cura: “Uno de los hechos que me entusiasman es que nuevamente los acuarios recobrarán su pasado esplendor” (Bellatin 1994, 69). Así pues, al imaginarse semejante escenario, el narrador-protagonista opta por deshacerse de la pecera que contiene la última generación de peces Guppys, como si se tratara de los últimos huéspedes infectados. Si bien las últimas líneas del texto vuelven a cargarse de referencias a la soledad, y a la inhabilidad de poder hacer algo para frenar la epidemia, se deja en claro que Bellatin tiene un fuerte compromiso con la comunidad gay.

Finalmente, al entrar un nuevo milenio se deja constancia de que el VIH/sida sigue presente en la sociedad y que, pese a los avances médicos, continúa expandiéndose sobre todo dentro de los confines de la comunidad gay. Si anteriormente los homosexuales habían logrado cierta visibilidad, con el VIH/sida vuelven a ser parte (aunque temporal) del anonimato causado por la ruptura, aunque no por mucho tiempo pues precisamente el virus logró sacar el tema a flote, pese a sus limitaciones. Hoy en día la determinación de vencer a la enfermedad continúa siendo uno de los retos más importantes de la comunidad gay. Por esta razón se hace patente la necesidad de conservar en la memoria colectiva las historias de generaciones enteras decimadas por la potencia del VIH/sida, tal y como lo hace el protagonista de la novela de Bellatin al reflexionar sobre su vida en general: “Sólo recientemente he llegado a estas conclusiones. Siento que es extraño en mí cómo cada día mis pensamientos van más de

prisa. Creo que antes nunca me detenía tanto a pensar. Más bien actuaba” (Bellatin 1994, 73).

El espacio de placer moldeado por el VIH/sida diversifica la comunidad homosexual al hacer que ésta se vuelva visible y que al mismo tiempo luche por exigir el lugar y los derechos que le corresponden dentro de la sociedad en general. Si antes de la epidemia comenzaban recién a formarse los llamados *ghettos* o enclaves gays para que los y las homosexuales se sintieran más cómodos y/o en confianza, el VIH/sida demuestra que esta misma comunidad –al compartir un mismo virus en la sangre, sufrir y perecer de las consecuencias del mismo– es, en buena parte, responsable por la veintena de cambios a nivel mundial que han hecho del mundo un lugar más justo y humano. No hay que olvidar que gracias a la organización y protestas llevadas a cabo por los integrantes de los diversos grupos en apoyo a la causa gay a nivel mundial, el acceso a los medicamentos antiretrovirales se extendió más allá de los homosexuales infectados.

Como vimos en la novela de Bellatin, y pese al duelo asumido a causa de la muerte, queda claro que la esperanza es lo último en sucumbir; de ahí que las alusiones a recobrar el pasado magnífico de luces multicolores y libertad sexual presupongan un nuevo amanecer. Justamente, el modo y la forma de echar un vistazo al pasado de otras enfermedades de transmisión sexual que hoy en día son fácilmente curables, nos lleva a pensar que se avecinan tiempos mejores. Por tal, la cronicidad del VIH/sida ha vuelto a poner en la mesa (y por supuesto en la cama) el derecho de los hombres homosexuales no sólo al placer, sino a la capacidad de forjar relaciones afectivas y estables. Pero ante el horizonte de interpretación que abre la lectura de *Salón de belleza*, puedo afirmar que, efectivamente, tanto el sida (enfermedad letal) como el VIH (virus crónico) han sido capaces de forjar un marco de oportunidad para sacar a la luz los derechos de la diversidad sexual.

Bibliografía

Bellatin, Mario. 1994. *Salón de belleza*. México: Tusquets Editores.

Carrillo, Héctor. 2002. *The Night is Young: Sexuality in Mexico in the Time of AIDS*. Chicago: The U of Chicago Press.

De Lima, Paolo. 2005. “Peces enclaustrados, cuerpos putrefactos y espacios simbólicos marginales en una novela latinoamericana de fin de siglo”. *Pterodáctilo: Revista de arte, literatura y lingüística*, no. 3(4): 27–36.

García Murcia, Miguel et al. 2009. *Memoria de la lucha contra el VIH en México: Los primeros años*. México: Colección Estudios

- González de Alba, Luis. 2008. "El SIDA en la calle." En *25 años de sida en México: Logros, desaciertos y retos*. Córdoba Villalobos, José Ángel, Samuel Ponce de León y José Valdespino, eds., 93-99. México D.F.: Secretaría de Salud.
- Laguarda, Rodrigo. 2009. *Ser gay en la ciudad de México: Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982*. México D.F.: CIESAS
- Lizárraga Cruchaga, Xabier. 2003. *Una historia sociocultural de la homosexualidad: Notas sobre un devenir silenciado*. México D.F.: Paidós.
- Marquet, Antonio. 2001. *¡Que se quede el infinito sin estrellas! La cultura gay al final de milenio*. México: UAM-A, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Mejía, Max. 1998. "SIDA: Historias extraordinarias del siglo XX." En *El Sida en México: Los efectos sociales*. Coord. Francisco Galván Díaz, 17-57. México: UAM.
- Monsiváis, Carlos. 2007. "Pedro Lemebel y las narrativas del sida: El amargo, relamido y brillante frenesí". *Letra S: Salud, sexualidad y Sida*, no. 137: 1-3.
- Moreno-Uribe, Edgard Antonio. 1993. *El arte del Sida*. Caracas: Vadell Hermanos Editores.
- Palaversich, Diana. 2003. "Apuntes para una lectura de Mario Bellatin." *Chasqui: Revista de literatura latinoamericana*, no. 32.1: 25-38.
- Prinkey, Troy James. 2004. *From the Margin and into the Mainstream: Assimilative Elements of the Contemporary Gay Mexican Novel (1980-2000)*. Charlottesville: Virginia: U. of Virginia
- Rocha Osornio, Juan Carlos. 2012. "El *performance* del insulto en los albores de la novela mexicana de temática homosexual: *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1964) de Paolo Po". *Cincinnati Romance Review*, no. 34: 97-111.
- Sontag, Susan. 1989. *AIDS and its metaphors*. New York: Farrar, Starus and Giroux.
- Teichmann, Reinhard. 1987. *De la onda en adelante: Conversaciones con 21 novelistas mexicanos*. México D.F.: Editorial Posada.
- Zapata, Luis. 1979. *El vampiro de la colonia Roma*. México: Grijalbo.